

t. 145169
c. 1187778

DG-CL
A

MIGUEL DE ROBLES ALABERN

TRADUCCIÓN LATINA

EN VERSO EXÁMETRO

DE

EL VÉRTIGO.

POEMA

DE

D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(De la Real Academia Española).



MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE FERNÁNDEZ-DE-ROJAS,
Mostenses, 24, y Rosal, 2.

—
1897



EL VÉRTIGO

A mi querido primo Joaquin
Mariat, como prueba del
carino que le profesa
el autor

MIGUEL DE ROBLES ALABERN

TRADUCCION LATINA

EN VERSO EXÁMETRO

DE

EL VÉRTIGO

POEMA

DE

D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(De la Real Academia Española).



MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE FERNÁNDEZ-DE-ROJAS
Mostenses, 24 y Rosal, 2.

—
1897

Derechos reservados. Queda hecho el depósito que marca la ley.



R. 115537

Excelmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

El contacto con el humano interés desagrada á la hermosa Naturaleza, solamente gustosa de ser contemplada con deleite del espíritu; y la belleza creada en las obras literarias extiende su dominio sobre las inteligencias, porque la admiración y el entusiasmo son natural tributo que se paga al genio.

Si la hermosa poesía que fluye de su pluma es conocida en muchas lenguas, me complacerá en alto grado contarme, al ser su admirador, en el número de los que han honrado mi patria.

A la expresión de estos sentimientos, tiene el honor de acompañar el ofrecimiento de esta traducción en la clásica lengua del Lacio, s. s. s.

Q. B. S. M.,

Miguel de Bobles Alabern.





Ilustrado y discreto lector:

19

A cuantos amigos y compañeros de profesión anuncié, en confianza, que iba á emprender la traducción en metro virgiliano de este precioso poema del Sr. Núñez de Arce, se le ocurrió enseguida á cada uno manifestarme la extrañeza que mi resolución le causaba, no ocultándome tampoco su opinión sobre la perfecta inutilidad de mis esfuerzos. No diré yo las razones con que trataban de demostrarme que tal camino, aun siendo un poema, como no tenía salida á punto determinado, era solamente un bonito paseo por el hermoso campo de la literatura latina, de la cual sabían todos de antemano era yo ferventísimo devoto. Dejo, pues, intacta esta idea, amable lector, á tu seria reflexión, para hablar de nuestro eminente poeta.

D. Gaspar Núñez de Arce, estimado con justicia como el príncipe de la lírica española, compuso en *EL VÉRTIGO* un poema alegórico, cuyas simétricas

estancias, obra primorosa de su cincel, cierran hermosos cuadros de belleza y colorido, rebosando vida, realidad, entusiasmo, pasión, pensamientos profundos, interesantes situaciones, brillantes y conmovedoras imágenes. Atrévome á asegurar que es la más conocida de sus obras poéticas, declanada en las reuniones familiares del hogar, reproducida en cien publicaciones, citada siempre como modelo de expresión, y recitada con deleite de la imaginación y de los labios. No es extraño, pues, que muchas veces me creyera á punto de ser aplastado por la magnitud de las dificultades, y me sintiera más bien desalentado que animoso en llegar al fin. Solía salir de cada estrofa como el temerario nadador sale de la ola cuando, sin tiempo para recobrar aliento, presiente la impetuosa embestida de otra que debe afrontar, no menos imponente y temible que la primera.

Antes de ahora, hará de esto como cinco años, escribí un tomito que titulé *Poesías latinas y Tecnicismo prosódico*, formado con diferentes composiciones en variedad de metros latinos; y nunca hasta aquí había intentado sujetar el verso latino á la expresión de la poesía castellana. En el primer caso, es siempre del dominio del autor escoger las ideas que más le agradan, presentar aquellas formas, giros y elegancias que más conoce, sortear las

dificultades ó esquivar del todo los obstáculos que su pericia encontró; pero en este segundo, cuando la idea es ineludible y la imagen viva, la frase enérgica, el pensamiento profundo y el epíteto gráfico, no pueden eludirse sin dejar hueco en la traducción; esta nueva experiencia me ha probado que el esfuerzo ha de ser mayor estando la traducción encerrada dentro del mismo círculo que estrecha los conceptos.

En no sé qué crítico he leído (es decir, sí que lo sé, pero no hace al caso mentarlo) que en nuestro eximio poeta abundan los adjetivos y los epítetos como sembrados á boleó; y aunque para mí su crítica, como de hombre estudioso y de sólidos conocimientos, es de mucha estima, he de mostrarle mi convicción en un todo contraria á su opinión. Creo tan oportunos y necesarios esos epítetos, los estimo de tanta eficacia para dar fuerza y relieve á la imagen y á la idea, que ha sido mi mayor deseo traducirlos todos, ó expresarlos al menos contenidos virtualmente en otra palabra; y, ¡ojalá haya logrado tan buen acierto! En la primera estrofa está muy bien que la entrada de la ría sea *incierta* y *angosta*, y la torre *gigante* y *sombria*, ni se produce redundancia porque diga además que es *ancha* y *secular*; pues lo primero se dice de su aspecto, de la impresión que su vista produce, y lo segundo, de la soli-

dez de su construcción. En la octava estrofa la condición de D. Juan es *dura y torva*; y después, el fondo de la cárcel es *húmedo y triste*; y por no ser prolijo y hablar un poco de su pobre hermano don Luis, cuya actitud ante el peligro era *grave y fría*, diré al distinguido crítico que estos epítetos son como haces de luz que se desprenden de la imaginación del poeta sobre el cuadro lleno de vida que su inspirada fantasía traza en el papel con armoniosas rimas. Pero nadie ha entrado, sino con profundo respeto y admiración, en el fondo de belleza de este poema. Como ante esas maravillas del arte que la naturaleza labra, siéntese el ánimo sobreco-gido y admirado; así, desde el umbral de la secular torre erguida sobre la alta roca hasta la cruenta escena, en que los ojos asombrados ven á la pálida luz de la luna el estrago de la pasión fratricida, queda siempre absorto el espíritu á cada paso que avanza, á cada estrofa que lee, en la contemplación de su precioso contenido, ó dominado por la honda impresión del sentimiento que despierta. Conven-gamos ahora que no tienen todas las escuelas de es-tética su mérito levantado á igual altura, ni probada su fecundidad creadora de belleza con igual exube-rancia. Bien es verdad que hasta comienzos de este siglo no ha nacido esta ciencia fundada en princi-pios filosóficos que acusen solidez y formen sistema.

No se me olvidará nunca la grata impresión que recibí cuando un amigo me presentó á D. Gaspar (que no recordaba de mí), advertido de antemano que me ocupaba en la traducción de su poema. Fué acogido con la bondad y sencillez que son en él características; pero no iba yo preparado, es decir, no llevaba á prevención los papeles, y sólo pude recordar la estrofa décima y alguna que otra de sus frases originales y valientes que el trabajo de traducción había impreso indelebles en mi memoria. Transcurrido así un poco de tiempo, preguntóme:

—¿Y cómo traduce usted la primera estrofa?— Sin duda hubo de chocarle que siendo la primera no entrara en colación.

—Está intacta, D. Gaspar; le respondí. Es natural que empezara por ella; pero si me obstino en vencer su resistencia es probable que por no acertar con el principio, en ella hubiera dado fin mi empeño.

—Usted podrá con ella—dijo animándome—ya verá usted.

Estreché con la mayor efusión su mano, sintiéndome muy honrado por la benévola y afectuosa acogida que me había dispensado; y bien puedo añadir ahora que en gran parte á esa grata impresión debo los alientos que he necesitado hasta terminar.

¡Qué raros son los literatos, y cuánto más raros aún los ingenios españoles, para quienes el conocimiento de la literatura latina no es una novedad, si ya no es motivo de desdeñosa sonrisa! En cierta ocasión vime obligado á disimular el gran asombro que me causó oír de labios de un afamado juriscónsulto y publicista español, que no conocía ningún discurso de Cicerón en latín, pues no hubiera podido pasar de la primera línea; y muchos de nuestros literatos novísimos, que nunca tomaron puesto en torno á la gran hoguera del genio de Horacio, se sienten deslumbrados por las centellitas de Heine en sus rimas; y es más frecuente la discusión sobre el *Fausto*, de Goethe, que sobre las incomparables bellezas de la *Eneida*, de Virgilio.

Dos ciencias muy importantes, sin duda, de muchísimo provecho para la literatura y para las lenguas, han levantado su disco luminoso entre las brumas de la inteligente y laboriosa Alemania. Me refiero á la ciencia de la estética filosófica y de la filología comparada. Nuestro sabio Menéndez y Pelayo, gloria de la patria, en su inmortal obra *Historia de las ideas estéticas*, al buscar la cuna de aquella ciencia filosófica, como las fuentes del Nilo, no la encuentra encauzada y caudalosa sino al atravesar á principios de este siglo por esa región habitada por hombres infatigables en el trabajo de aná-

lisis, investigación y experiencia; y como Quintiliano dijo *sátira tota nostra est*, refiriéndose al origen romano de esta forma literaria, así puede Alemania decir que *tota nostra est* la estética teórica, en su fundamento filosófico, en su desarrollo progresivo y en la depuración de sus imperfecciones.

Estamos también en mucha deuda de gratitud con ese pueblo, que puesto como el bíblico Ezequiel en medio de un inmenso campo de huesos humanos, ha ido con inagotable paciencia recorriéndolo todo, separando unas de otras las generaciones de palabras, examinando los fragmentos, acoplando las junturas, amontonando las astillas borrosas y dispersas, reparando los trozos perdidos con otros simulados que completen el organismo de las palabras capaces de volver á la vida. A los estudios rutinarios de las lenguas han sucedido los histórico-comparativos; al machaqueo y cantinela de la voz, el ejercicio de la razón; á los índices interminables, los contados principios de la lógica aplicada; la inducción, la deducción, la teoría funcionando siempre, como en las ciencias acontece, en orden á los hechos lingüísticos, en vez del irracional acaso ó de la veleidosa voluntad de los pueblos.

Los primeros literatos y lingüistas que en España tuvieron noticia de los nuevos derroteros por donde

se enfilaban en Alemania los principios de la literatura y la formación de las lenguas, ganaron, como es natural, justa fama de doctos con la exposición de las nuevas doctrinas; y muy pronto la luz que irradiaban estos nuevos horizontes atrajo multitud de inteligencias en nuestro país. Extremado en todo nuestro carácter, abandonó casi por completo la producción original literaria, engolfándose en la crítica y filosófica; el estudio de los clásicos latinos se resintió á punto de agostarse la que antes fué hermosa lozanía entre nuestros gramáticos, á trueque de hacerse teóricos y analíticos. Mas para escarmiento de esa irreflexiva precipitación en abandonar nuestras posiciones tan bien tomadas y tan bien sostenidas en el campo de las letras latinas, han venido á ocuparlas los mismos que antes fueron nuestros admiradores, llevando aún más allá que nosotros su aplicación al estudio de los clásicos latinos, familiarizándose con éstos hasta el punto de haberse dado, ha poco tiempo, en el Gimnasio de Berlín representaciones de las comedias de Plauto y Terencio, con verdadero *amore* de la clásica propiedad de aquellos tiempos.

El fenómeno se presenta perfectamente claro y definido: cuando los estudios clásicos aún florecían en España, un hijo preclaro suyo, el sabio jesuíta Hervás y Panduro, adelantóse á descorrer el velo

que escondía los albores de la nueva ciencia filológica; después de él ningún otro nombre español figura entre los continuadores de ciencia tan importante, atentos nuestros contemporáneos á llenar el contenido de sus gramáticas comparadas vertiendo en ellas sorbos tomados en manantiales extranjeros; que no en aquellos autores, sino en obras alemanas ó en sus traducciones al francés, al italiano ó al inglés, y en textos originales en estas lenguas, hay que buscar los continuos progresos de la filología.

El otro fenómeno es el innegable y lastimoso retroceso en el conocimiento del latín. Entre aquel tipo tan ridiculizado del antiguo dómine, que nunca escribió gramáticas comparadas, pero que supo enseñar bien el latín y educar el buen gusto de los mejores literatos que aún quedan entre nosotros, y el tipo novísimo de nuestro filólogo, no hay más diferencia sino que aquél sabía el latín *per se*, y este último lo sabe *per accidens*, ó ni *per accidens* lo sabe, que es lo más frecuente; aquél conocía bien los discursos de Cicerón, hacíales aprender á los chicos la Catilinaria, por lo menos; leía en Virgilio, impresionábales con la recitación de sus versos, con la traducción de fragmentos tan insuperablemente bellos como los contenidos en los libros primero, segundo, cuarto y sexto de la *Eneida*; pero nuestro tipo moderno quédase á oscuras y

dase de calabazadas pretendiendo conocer la fisonomía de Horacio á la tenue fosforescencia de su filología; y con el bagaje del saber ajeno á cuestras, piérdese entre la metrificación horaciana como en el laberinto de Tebas. A mi memoria acuden nombres de esta subclase típica de latinos... pero guardo revelar el secreto para mejor ocasión.

Falta que se defina bien lo que se quiere decir de una lengua cuando se la califica de muerta. Parecerá extraño que, siendo tan clara la expresión, pueda anidar en ella algo de duda; que si entendemos por muerto y bien muerto el ser orgánico que carece de vida y consiguientemente de las funciones que le son propias; si, como es cierto, dichas funciones son de relación en las lenguas por medio del habla y la escritura, podrá cualquiera extender con toda confianza el certificado de defunción á la lengua latina. Pero se me ocurre preguntar: ¿hablamos ahora el castellano del mío Cid ó siquiera el de Alfonso el Sabio? ¿Comunicamos nuestras ideas con el lenguaje del poema de Alejandro ó de Gonzalo de Berceo? ¿No lo usamos ya? Pues que se extienda asimismo certificado de defunción á ese castellano, poniendo muy claro en la casilla correspondiente en que escribióse, *antiguo, medioeval, de formación*, por nuestra crítica literaria, el que expresa su actual estado: MUERTO.

Es doctrina verdadera, y como tal aceptada, *némine discrepante*, por todos los filólogos, que el elemento significativo en las palabras, el que expresa la idea fundamental, es la raíz: los demás elementos son modificativos de la significación, limitativos, adventicios. La estabilidad, la substancia, por decirlo así, de la palabra está en aquel elemento; lo inestable, lo accidental, pertenece á los que son adicionales. Pues bien; hallo en el discurso del Excmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, académico meritísimo de la lengua, estas evidentísimas afirmaciones:

«Tenemos sobre todo á la vista el cuerpo del idioma vivo que podemos inspeccionar y escudriñar á nuestro sabor. Y ¿qué es lo que en él hallamos al examinarlo detenidamente? Hallamos que la mayor parte de las raíces son las mismas que las del latín. Desinencias y prefijos son los mismos en ambos idiomas, é idéntico su sistema de derivación y de composición de las voces. Es decir, que casi todo su Diccionario lo debe el castellano al latín. No le debe la declinación porque no la tenemos; pero de él se tomaron el artículo y las preposiciones que lo reemplazan. El procedimiento de la conjugación es también común en su fondo... los nombres numerales y los pronombres personales (palabras las más primitivas de toda lengua)

«son los mismos en castellano que en latín, unos
»mismos los participios, casi idénticos los adver-
»bios, y sugerida por el latín la formación de los
»adverbios en *mente*, que se cita como característica
»de las lenguas romances. La concordancia, el régi-
»men y la construcción son también iguales, sin
»más diferencia que las consiguientes á la falta de
»declinación en castellano... De manera, que el Dic-
»cionario, en sus voces más capitales y numerosas,
»y la Gramática... todo, todo se encuentra calcado
»en el latín.» Hasta aquí el ilustre humanista y sa-
bio académico.

Y con esa fuerza de vitalidad en las raíces y en los modificativos, ¿se ha hecho general la voz de que está muerta la lengua latina? Si vive el alma latina en las palabras castellanas, ¿las inevitables alteraciones de los subfijos y de lo accidental bastan á quitarle la vida á una lengua? ¿Qué importancia tiene que *facilis*, *agilis*, *petra*, se digan *fácil*, *ágil*, *piedra*, que en vez de *amamus* se diga *amamos* y *debéis* por *debetis*? Conviene poner cuidado en la contestación; pues pudiera darse fundamento bastante á afirmar que esas alteraciones fonéticas y gramaticales, producidas en las palabras desde el siglo de Cervantes acá, han hecho de aquel castellano una lengua muerta, afirmación á todas luces absurda. No han venido á la luz de la vida y al trato

de relación las lenguas neolatinas dando muerte á la que les dió el ser. La opinión de algunos críticos, explicando la lenta formación de estas lenguas como distintas evoluciones, fenómenos naturales en los organismos, va ganando terreno: la evolución no es la muerte del ser.

La metrificación castellana sabido es que se rige por el número de sílabas y los acentos; pero son muy pocas en latín las clases de versos cuyo número de sílabas es siempre el mismo, pues el principio que allí impera es la cantidad prosódica. Nuestra lengua, después de varios ensayos más ó menos afortunados, sólo ha conservado el verso sáfico y la estrofa del mismo nombre con el adónico correspondiente, sirviéndose de una distribución de acentos en el verso endecasílabo análoga á la cadencia latina. Así que el verso de Horacio

Séptimi Gádes aditúre mécum,

está reproducido en

Dúlce vecino de la vérde sélva,

y en todos los de su clase. Como tiene solidez esta base del acento y número de sílabas, la copia castellana fué aceptada, ha subsistido y subsistirá en nuestra literatura á través de los tiempos; y es de presumir que lo mismo pudiera acontecer á otras

felices imitaciones, puesto que nada obsta á utilizar la misma base métrica que sostiene la versificación castellana para sentar sobre ella nuevos intentos.

Trabajos primorosos de esta índole se han hecho en Italia por buenos poetas, cuyas composiciones, por lo armoniosas y bellas, han tenido general aceptación, siendo digno de mención el ilustre Carducci, así como Gottschall y Klopstock han tratado el mismo asunto en Alemania con singular aplauso.

Aplicando al castellano los principios de rítmica expuestos por estos autores, la estrofa alcaica latina se reproduciría en su cadencia por una combinación lírica de versos á este tenor:

Esta es la fuente límpida y plácida
Láura que riéga cámpos y válles;
El éco triste sollozando
Del tiempo dice la injuriósa méngua.

Estudio es éste que, á mi entender, vale la pena de ocupar á nuestros literatos, si creen que buscar nuevas armonías con los admirables elementos de que disponemos no es labor extraña á la literatura que profesan.

Al intentar traducir los incomparables versos del Sr. Núñez de Arce, hube de vacilar en la elección del metro latino; porque unos octosílabos tan perfectos, que llenan unas décimas tan bien acabadas, que

contienen una tan cadenciosa rima, por mérito propio dominarán con su deliciosa melodía cualquier combinación métrica, aun entre los que tienen el oído acostumbrado á la armoniosa lengua del Lacio á la vez. Por este motivo deseché como menos á propósito el yámbico dímetro, que si bien tiene el mismo número de sílabas que el octosílabo castellano, no era cosa que pareciera que componíamos con él décimas latinas; pero preferí emplear el exámetro, de más sonoridad y más notada cadencia, tan vario en la proporcionalidad de ritmos como propio de la grandeza y entonación del poema narrativo. Sabido es además que este verso se estima por los autores, que de tales asuntos tratan, como equivalente al eptasílabo ú octosílabo, puesto á continuación del de cinco ó seis en las lenguas neolatinas; por lo cual, he procurado que un verso latino contenga el sentido y la traducción de dos versos castellanos.

Sobresale en este poema el gusto clásico más exquisito y delicado. Quien haya creído alguna vez, á fuerza de repetirlo sus detractores, que el clasicismo es intolerable porque echa sobre el genio pesadas cadenas, porque abate el vuelo y los arranques de la libre inspiración, y otras mil zarandajas á este tenor, no puede ya permanecer en su error. Por fortuna, ha tiempo que se inició en España el buen

gusto clásico sin menoscabo del genio; y bien merece D. Gaspar Núñez de Arce gratitud de las letras españolas por este motivo.

Cúmpleme á mí, especialmente, manifestarle mi profundo agradecimiento por haberme consentido la impresión de su original al frente de la traducción que he hecho. Bien poco significan mis palabras de elogio: hace ya algunos años que Apolo tejó una corona de laurel y la colocó sobre su frente.

I

GUARNECIENDO de una ría
la entrada incierta y angosta,
sobre un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,
se alza gigante y sombría
ancha torre secular
que un rey mandó edificar
á manera de atalaya,
para defender la playa
contra los riesgos del mar.

LONGO in secessu maris, ipsâ in fauce tumente,
Certat ubi semper saxis adversa procella,
Magna super rupem tutela extollitur arcis;
Quam rex, ut speculam, olim jussit condere celsam
5 Casus et letum maris aversurus ab oris.

II

CUANDO viento borrascoso
sus almenas no conmueve,
no turba el rumor más leve
la majestad del coloso.
Queda en profundo reposo
largas horas sumergido,
y sólo se escucha el ruido
con que los aires azota
alguna blanca gaviota
que tiene en la peña el nido.

TURBINE cum raucus pinnas non permovet Auster
Murmure nec tenui turbantur regna colossi.
Alta diu requies per totam funditur arcem,
Stridor et auditur forsán quo verberat auras
10 Rara fulix nidum sublimi in caute requirens.

III

MAS cuando en recia batalla
 el mar rebramando choca
 contra la empinada roca
 que allí le sirve de valla;
 cuando en la enhiesta muralla
 ruge el huracán violento,
 entonces, firme en su asiento,
 el castillo desafía
 la salvaje sinfonía
 de las olas y del viento.

SI tamen, indicto rabido bello, æquor in altam
 Rupem, ceu vehemens contra vallum, impete fertur,
 Ætherea aut arcis turbo si mœnia verrit;
 Sedibus insistens immobilis illa refringit
 15 Ventorum fremitus tempestatumque fragorem.

IV

Dió magnánimo el monarca
en feudo á Juan de Tabares
las seis villas y lugares
de aquella agreste comarca.
Cuanto con la vista abarca
desde el alto parapeto,
á su yugo está sujeto,
y en los reinos de Castilla
no hay señor de horca y cuchilla
que no le tenga respeto.

Joanni Tabaridæ dedit olim magnanimus rex
Fœdere cum certo senas urbesque locosque.
Terrarum in quantum circumspicit arcis ab alto
Imperat: hunc, quisquis dominator et arbiter extat
20 Vitæ et leti hominum, Castellæ et regna pavescunt.

V

PARA acrecentar sus bríos
contra los piratas moros,
colmóle el rey de tesoros,
mercedes y señoríos.
Mas cediendo á sus impíos
pensamientos de Luzbel,
desordenadó y cruel
roba, asuela, incendia y mata,
y es más bárbaro pirata
que los vencidos por él.

ADDERET ut robur luctans prædonibus afris
Rex latè imperiis hunc magno et munere donat.
Consiliis cedens tamen audax Dæmonis, urit
Vel populatur agros, mactatque rapitque nefandus,
25 Pessimus et captis ipso prædonibus ille.

VI

PASMA, al mirar su serena
faz y su blondo cabello,
que encubra rostro tan bello
los instintos de una hiena.
Cuando en el monte resuena
su bronca trompa de caza,
con mudo terror abraza
la madre al niño inocente,
y huye medrosa la gente
del turbión que la amenaza.

CONSPICUAM faciem cernens mollesque capillos
Miratur quisquam tigris exta latere sub ore.
Cornua cum resonant venatica monte in opaco,
Jam natum genitrix est amplexata pavore
30 Atque timens turba impendenti a vortice fugit.

VII

DESDE su escarpada roca
baja al indefenso llano
con el acero en la mano
y la blasfemia en la boca.
Excita con rabia loca
el ardor de su mesnada,
y no cesa la algarada
con que á los pueblos castiga
sino cuando se fatiga,
más que su brazo, su espada.

PRÆRRUPTO è SAXO fertur per vasta locorum:

In dextrâ ferrum et blasphemia sævit in ore.

Ardorem comitum vesanâ suscitât irâ

Iipse; et in imbelles populos tunc impetit usque

35 Dum sævus gladius potius quam dextera languet.

VIII

DE condición dura y torva
 no acierta á vivir en paz,
 y como incendio voraz
 destruye cuanto le estorba.
 Todo á su paso se encorva,
 la súplica le exaspera,
 goza en la matanza fiera,
 y con el botín del robo
 vuelve, como hambriento lobo,
 á su infame madriguera,

TORVUS naturâ nescit vitam connectere paci;
 Tamquam flamma vorax obstantia vellere gaudet.
 Omne sub incessu flectit, precibusque repugnat.
 Clade ferâ exultans, prædâque rapinæ
 40 Ceu lupus in caveam, ferus ipse revertit in arcem.

IX

DE cuyos espesos muros,
 en las noches sosegadas,
 surgen torpes carcajadas,
 maldiciones y conjuros.
 Con los cantares impuros
 de rameras y bandidos,
 salen también confundidos
 de los hondos calabozos,
 desgarradores sollozos
 y penetrantes quejidos.

MENIBUS ex densis tranquillâ noctis in horâ

Sacrilegi exsurgunt turpi clamore cachinni.

Latronum veniunt simul et meretricis in auram

Cantus cum gemitu, mœstus qui emergit ab imo

45 Carcere et affligens summo mœrore querela.

X

UNA noche, una de aquellas
noches que alegran la vida,
en que el corazón olvida
sus dudas y sus querellas,
en que lucen las estrellas
cual lámparas de un altar,
y en que, convidando á orar
la luna, como hostia santa,
lentamente se levanta
sobre las olas del mar;

NOx erat, illa quidem fundit quæ gaudia mente,
Pectus quâ dubium et curam obliviscitur atram,
Sidera quâ cœlo fulgent ad lampadis instar,
Quâque preces suadens timidas velut hostia sancta
50 Luna super placidas paulatim extollitur undas:

XI

DON Juan, dócil al consejo
que en el mal le precipita,
como el hombre que medita
un crimen, está perplejo.
Bajo el ceñudo entrecejo
rayos sus miradas son,
y con sorda agitación
á largos pasos recorre
de la maldecida torre
el imponente salón.

AT pulsus Joannes ad crimen turpe vacillat
Ut qui molitur scelus anceps hæsitat usque:
Tetra supercilio sublucent fulgura in ore,
Et propero gressu et cæcâ caligine mentis
55 Atrium ab extremo arcis detestabile lustrat.

XII

ARDE el tronco de una encina
en la enorme chimenea:
el tuero chisporrotea
y el vasto hogar ilumina.
Sobre las manos reclina
su ancha cabeza un lebrél,
en cuya lustrosa piel
vivos destellos derrama
la roja y trémula llama
que oscila delante de él.

EXARDENT quercus sublimi ligna camino,
Assula percrepitat, focus immenso igne coruscat.
Cruribus et visus catulus committere collum
Quem toto illustrans specioso in tergo flamma
60 Tunc coram rutilat rubroque colore tremiscit.

XIII

EL fuego con inseguros
rayos el hogar alumbra;
pero deja en la penumbra
los más apartados muros.
Hacia los lejos oscuros
la luz sus alas despliega,
y riñen muda refriega
en el fondo húmedo y triste,
la sombra que se resiste
y la claridad que llega.

INCERTISQUE focum radiis illunimat ignis,

Sed muros sub cæcâ umbrâ longèque relinquit.

Pândit ad obscurè longum perfulgida pennas

Et veniens certat per noctem et tetra locorum

65 Lux ibi cum tacitis semper renuentibus umbris.

XIV

Hosco don Juan y arrastrado
 por su incorregible instinto,
 cruza el gótico recinto
 convulso y acelerado.
 ¿Qué maldad ó qué cuidado
 embarga su entendimiento?
 Dijérase que el tormento
 de su corazón, si fuera
 el alma de aquella fiera
 capaz de remordimiento.

PERVERSA fato tandem et torvâ indole tractus
 Gothica Joannes succensus limina cursat.
 Quodve nefas animum vel quæ dementia cepit?
 Supplicium cordis quisquam cepisse putaret
 70 Si mens illa capax esset mœerere remorsu.

XV

EL odio que le avasalla,
arreatado y sombrío,
tiene el ímpetu del río
pronto á quebrantar su valla.
Ni se apacigua ni estalla
la cólera que en él late,
y con mil ansias combate
como corcel impaciente
que á un tiempo el castigo siente
del freno y del acicate.

SED quod atrox odium, miserum, exitiale fatigat

Impetum habet fluvii natum perrumpere vallum.

Nec rapitur præceps is nec compscitur irâ.

Est tamquam sonipes quem urget diversa cupido

75 Si ore lupata tenent simul ac calcaria tendunt.

XVI

EN tan solemne momento
 lucha Tabares á solas
 con las encontradas olas
 de su propio pensamiento.
 ¿Qué busca? ¿Cuál es su intento?
 ¿Triunfará Dios ó Satán?
 Nunca los hombres sabrán
 por qué en el cerebro humano,
 como en el hondo Oceano,
 las olas vienen y van.

TEMPORIS hoc puncto. Tabares solus in arce
 Fluctibus in mentem tunc concurrentibus obstat.
 Quid quærit? quid avet? dominabitur Arbiter orci?
 Scire nefas homini, velut in vasto Oceano undæ,
 30 Cur irarum æstus adeunt redeuntque cerebro.

XVII

EN vano á vencerse prueba,
y con fuerza prodigiosa
vuelve la pesada losa
que abre paso á oculta cueva.
Del repleto hogar se lleva
un grueso leño encendido,
y arrójase enfurecido
por aquella negra entrada,
lanzando una carcajada
doliente como un gemido.

VINCERE se frustra quærit: sed robore magno

Evolvit lapidem scelerata per antra ferentem.

Accensumque foco lignum post corripit ingens,

Atque furens rapitur quâ porta obscura patebat,

85 Singultus similem tollens mœrore cachinnum.

XVIII

ALZA el lebel que dormita
 la noble cabeza, el sueño
 sacude, y en pos del dueño
 gruñendo se precipita.
 Don Juan, con ira inaudita,
 marcha como un torbellino,
 y va saltando sin tino
 uno tras otro escalón,
 entre el humo del tizón
 con que alumbra su camino.

DORMITANS catulus tunc effert nobile collum,
 Ac pellit somnum præceps dominumque secutus.
 Sed rabie insolitâ cæcus, vel turbo profectus,
 Demens perque gradus objectos exilit ille
 90 Et fumum torris spargentis lumine callem.

XIX

AL fondo del antro baja,
 y con sus puños de hierro,
 de un triste y lóbrego encierro
 el postigo desencaja.
 —Yace postrado en la paja
 un ser miserable y ruín,
 que recelando su fin
 azorado se incorpora,
 y con voz conmovedora
 grita: —«¿Qué quieres, Cain?»—

POSTREMO latebrosum antri descendit ad imum,
 Carceris et postem pugnīs disjūxit ahenis.
 Tunc paleis quid im stratus, miserabile visu,
 Mortem conjiciens se erexit pectus ad usque,
 95 —«Quid cupis, adfatur magnā cum voce, Caine?»—

XX

DON Juan, insensible y duro,
 la vista en torno pasea,
 y fija la humosa tea
 en una grieta del muro.
 —«Luis—le responde—te juro
 que te engaña el corazón,
 pues no tengo la intención
 de arrebatarte la vida,
 como á una fiera cogida
 en la trampa y á traición.»

CIRCUMSPEXIT ater de limine cuncta Joannes,
 Tædam et fumiferam in muri defixit hiatu.
 —«Aloisi—testor te, inquit, mens ipsa fefellit,
 Nam nom quæro tuam insidiosè tollere vitam;
 100 Bellua non aliter mactatur capta dolosè.»—

XXI

QUÉ pretendes, pues?—exclama
don Luís, tendiendo los brazos:—
¿Quieres anudar los lazos
á que la sangre nos llama?
Si la pasión que te inflama
en amor se convirtió,
no te detengas, que yo
con alma y vida te espero.»—
Y rechazándole fiero,
su hermano contesta:—«¡No!

BRACCHIA cui pandens—«quo igitur, quo mente revertis?
Sanguinis, alter ait, vis tandem vincla ligari?
Si quæ odii fuerit, flamma est conversa in amorem
Dessine cunctari: te fratrem pectore cingam.»—

105 Quem a se propulsans — «nequaquam, dixit, acerbum».

XXII

YA es razón que esto concluya—
 añade, falto de calma.
 —¿Por qué Dios me ha dado un alma
 tan distinta de la tuya?
 Pues no hay fuerza que destruya
 el odio mortal que abrigo,
 ¿á qué, dí, cuando te hostigo,
 con tu cariño me hieres?
 ¡Aborréceme, si quieres
 ser generoso conmigo!»—

INSTAT, prosequitur, finem his imponere rebus.
 Cur dedit Omnipotens tam dissimilēm tibi mentem?
 Si vis nulla potest odium perfringere fratris,
 Me cur lædentem magis hoc prosternis amore?
 110 Tu, gratum si agere optas, execrare rogantem.

XXIII

LUEGO, con gesto feroz,
prosigue quedo, muy quedo,
como si tuviera miedo
de escuchar su propia voz:
— «¡Si supieras cuán atroz
es la inquietud con que lidio!
Yo prefiero el fratricidio
al afán que me tortura,
porque es tal mi desventura
que hasta tus penas envidio.

P OST adeo minimâ, crudelis! voce loquutus

Ut propriae qui horret vocis sentire susurrum:

— «Atque laborem utinam cordis pernoscere posses!

Exitium patris tantis pro angoribus opto!

115 Infelix adeo ut tua nunc tormenta potirer!

XXIV

TE detesto, y busco en vano
un motivo á mis rigores.

Yo, grande entre los mayores,
con tu perdición, ¿qué gano?»

Y don Luís replica:—«Hermano,
todo tiene sus azares.

No conmigo te compares,
que resultarás pequeño.

Yo tus grandezas desdeño
y tú envidias mis pesares.»

TE execror: et frustra causam perquiro rigoris.

Maximus inter ego æquales, mors quid tua præstat?

—«Omne vices habet alternas, respondit, amice;

Parvum te cernes si audeſ componere mecum;

120 Magna ego despecto tua, tu mea tristia poscis.»—

XXV

Es cierto. ¡Suerte menguadal!—
 dice don Juan impaciente,
 golpeándose la frente
 con mano dura y crispada.
 La bondad, jamás cansada,
 de don Luís le desespera,
 y la pasión que le altera
 desborda en el calabozo
 con un ¡ay! mitad sollozo,
 mitad rugido de fiera.

CONCUTIENS frontem manibus tepidosque capillos

Joannes contra: «¡O certa quidem per fata nefandal!»

Fratris sed bonitas semper magis excitat iras,

Eheu me miserum! medio sic carcere clamat

125 Ut vox rugitum pariter gemitumque sonaret.

XXVI

Ah! no es extraño que gima
de su angustia en el exceso,
como el Titán bajo el peso
del mundo que lleva encima.
No es extraño que le oprima
un rencor vivo y profundo,
ni que se agite iracundo
con más ímpetu quizás,
porque á veces pesa más
un pensamiento que un mundo.

Ah! Non est mirum gemat is sub pondere tanto
Ut Titan cui magna humeris imposita moles.
Hanc odium nec mirum animam exercere profundè
Et succensam irâ jam iterumque iterumque movere;
130 Mens etenim interdum plus mundi ponderat orbe.

XXVII

DE su voluntad no es dueño,
 como el alma pecadora
 á quien asalta á deshora
 su culpa en forma de sueño.
 Intenta con loco empeño
 vencer su ansiedad sombría,
 y exclama con voz tan fría
 cual la punta de una daga:
 —«¡Esta sed sólo se apaga
 con tu sangre ó con la mía!

Ut sceleratum animum quem somnia criminis urgent

Sic Joannem invalidum trahit effrenata voluntas.

Anxietatem atram nequidquam vincere tentat,

Et gelidâ ut mucro sic tandem voce resolvit:

135 «Hæc sitis alterius relevatur sanguine solum!

XXVIII

QUE el sol naciente me vea
 libre de tan grave peso. »—
 Y levantándose el preso,
 dice resignado:— «¡Seal!»—
 Don Juan recoge la tea,
 y echa á andar, perdiendo el tino,
 porque el fulgor mortecino
 que el seco leño despide
 tan sólo á trechos divide
 las tinieblas del camino.

ME exoneratum oriens sol tanto pondere cernat. —
 Se relevans captus patienter: «Sitque ita», dixit.
 Corripiens tædam Joannes pergere cœpit
 Ignarusque viæ medius lucem inter et umbras,
 140 Torris enim fulgor rara intervalla recludit.

XXIX

EL uno del otro en pos
van, con paso mal seguro,
por el subterráneo oscuro,
abandonados de Dios.
El lebrél entre los dos
sobresaltado camina,
y por la lóbrega mina
llegan al viejo portillo,
que á un lado tiene el castillo
del peñón en que domina.

INCERTO gressu per noctem singuli euntes
Aversis Superis altè sub turre pererrant;
Quos inter trepidus catulus procedit anhelans.
Devenère fores, per fossam semper opertam,
145 Arcis quæ latere insunt et super ardua rupis.

XXX

EL soldado que la puerta
 por fuera guarda y defiende,
 absorto el paso suspende
 viéndola de pronto abierta.—
 Lejanas voces de alerta
 turban la noche callada,
 y con frase entrecortada
 por el ardor que le agita,
 don Juan, avanzando, grita:
 —«¡Eh, malsín! Dame tu espada.»—

EXTRA qui januam miles servare tenebat,
 Obstupet et sistit passum cum cernit apertam.
 Pervigiles voces turbantque silentia noctis.
 • Ille sed, abruptis verbis, progressus ad ora,
 150 Heus, vernal exclamat, festina tradere ferrum.

XXXI

RESISTIR quiere el soldado,
 y el monstruo entonces golpea
 con la resinosa tea
 la faz del desventurado.
 Por el dolor trastornado,
 cae el centinela inerte.
 —«Toma para defenderte
 de ese menguado el acero—
 prorrumpe don Juan,—pues quiero
 morir ó darte la muerte.»—

CUM tamen est aussus custos defendere honorem
 Militis incepit faciem contundere tædâ;
 Infelix cecidit custodia victa dolore!
 —«Stringito tu gladium, et vitam defendito, dixit,
 155 Aut ferro occumbam aut ego te sub Tartara mittam.»—

XXXII

AIRADO al ver tal acción,
 responde don Luís:—«Le tomo
 para clavarle hasta el pomo
 de tu infame corazón.
 Por tan bárbara traición
 te matara una y cien veces.»—
 —«¡Gracias á Dios que apareces
 tal como yo te quería!—
 clama con sorda alegría
 su hermano.—¡Ya me aborreces!»—

TALIBUS accensus frater dixitque:—«Prehendam
 Ut lateri capulo tenus abdam ignobile ferrum;
 Proditione tuâ nunc terque quaterque necarem».—
 —«¡Gratia Dis! Talem præbes qualem ipse volebam,
 160 Alter ait lætus, tandem me frater abhorres.»—

XXXIII

EL frío intenso y tenaz
calma pronto la zozobra
de don Luís, que al fin recobra
su única dicha, la paz.
Y en él despierta vivaz.
el recuerdo santo y tierno
de aquellas noches de invierno
en que, al amparo de Dios,
juntos oraban los dos
en el regazo materno.

FRIGORIS asperitas confestim temperat iras

Illius, tandem unica jam bona, pace receptâ;
Temporis ille memor cum, felix, oscula mater
Alma dabat pueris sub nocte sedentibus ulnâ

165 Doctis ambobus Superos orare vicissim.

XXXIV

Y compara aquellos años
de inocencia y bienandanza,
tan henchidos de esperanza
como desnudos de engaños,
con los martirios y daños
que ha sufrido entre cerrojos;
y ante los duros enojos
de aquel á quien tanto quiso,
siente llegar de improviso
las lágrimas á sus ojos.

COMPARAT atque illud tempus puerile juventæ

(Fraudis tam vacuum quam felicitate refertum)

Cum damnis quæ intra verres tormentaque passus.

Ipsius ante oculos dilecti venit imago

170 Fratris et extemplo lacrimis permittit obortis.

XXXV

— DON Juan, que ya no refrena
sus iras, marcha delante
revelando en su semblante
la pasión que le enajena.—
Yace la noche serena
en vago adormecimiento;
la lupa en el firmamento
sin celajes resplandece,
y hay tal calma, que parece
como aletargado el viento.

I
RAS nequaquam frenans præcedit euntes
Joannes: insanum ore gerit vultuque furorem.
Nox placida interea per cœlum ignava ruebat,
Lunaque, disjectis nimbis, splendebat Olympo,
175 Flamina sic cessant ut somno ævoque sepulta.

XXXVI

CUANDO á desatarse empieza
 la tempestad en el alma,
 ¡qué insoportable es tú calma,
 oh madre Naturaleza!
 Nunca á la humana tristeza
 das el ansiado consuelo,
 y en los momentos de duelo
 nuestra pena es más aguda
 bajo la impasible y muda
 indiferencia del cielo.

HÆC ubi tempestas in corde exurgere cœpit
 Heu! quam Naturæ intolerabile inertia pondus!
 Mœstis, tu, nunquam concedis dulce levamen.
 Acrius exardet vulnus sub tempore pœnæ
 180 Si cœlum impatiens in neutrum vergit amicè.

XXXVII

A TRAVESANDO un pinar

llegan, tras breve jornada,
á una planicie situada
entre las cumbres y el mar.
Nada parece turbar
la paz del estéril llano:
sólo del ronco Oceano,
que con los peñascos lucha
el sordo rumor se escucha
como un gemido lejano.

A MBO post breve iter veniunt pineta per ampla in

Planitiem clausam maris undâ et montibus altis.

Nil sterilem turbat campum paeinque silentem,

Oceani tantum fremitus per saxa reluctans

185 Ut murmur gemitusve remotas admonet aures.

XXXVIII

TODO en el alma despierta
 un vago afán misterioso:
 el infinito reposo
 de la llanura desierta;
 la luz sin color y muerta,
 que inunda el diáfano ambiente;
 los ecos del mar rugiente,
 y el ladrido prolongado
 con que el lebrél erizado
 la catástrofe presente.

OMNIA pertentant animum anxietate stupentem:

*Æquoris ingentis requies sine fine per arva,
 Pallida lux moriens circum quâ funditur æther,
 Echo fracta maris spumantis adhæssa latratu*

190 *Horrisono, catulo jam conjiciente ruinam.*

XXXIX

HAY en la vasta llanura
un tronco seco y sin ramas,
despojado por las llamas
de su pompa y su hermosura.
De la escarcha la blanca
le da un tinte funerario,
pues se eleva solitario
ennegrecido y escueto,
como gigante esqueleto
bajo su roto sudario.

EST in planitie stipes sine frondibus arens

Olim quem flammæ nudarunt tegmine pulchro et

Cana pruina nitens inducit funebri amictu;

Namque gigas furvus minitatur squalidus ille

195 Ceu ossea compages ferali sindone tecta.

XL

DON Juan que la marcha guía,
 detiéndose allí, desnuda
 su espada, y con voz sañuda
 clama:—«¡Tu vida ó la mía!»—
 En actitud grave y fría
 ante él su hermano se para,
 y mirando cara á cara
 á su opresor:—«¿Eso esperas?»—
 le dice:—¡Qué más quisieras
 sino que yo te matara!

SISTERE Joannes primum et distringere ferrum,
 —«Alterutram, clamat, vitam cum sanguine posco»—
 Illius ante oculos frater graviterque moratus
 Adspiciensque feram:—Me hæc audes poscere tortor?
 200 Quid magis optares quam hâc te succumbere destrâ?

XLI

HIERE, si intentas herir;
 el golpe aguardo sereno,
 que yo, en cambio, te condeno
 al tormento de vivir.
 ¿Adónde podrás huir
 que no te alcance el castigo?
 Te darán, en vano, abrigo
 otros climas y otras playas,
 pues donde quiera que vayas
 irá tu crimen contigo.»—

LCTUS ingemina, geret hoc fera vulnera pectus;

Vivere te damno et vitæ tormenta subire.

Quo pœnam fugies? quæ te per limina vertes?

Frustra mutabis terras et littora frustra,

205 Te quocumque feras crimen comitabitur usquam.»

XLII

MI crimen!—ruge don Juan.
 —¡Por Cristo, que es brava ideal!—
 Y en sus ojos centellea
 la cólera de Satán.
 —«Cuando suelto el huracán
 rompe, arrolla y desbarata,
 sólo algún alma insensata,
 en momento tan aciago,
 culpa al viento del estrago,
 y no á Dios que le desata.

SILICET ergo meum crimen? Per Numina sacra!
 Joannes rugit flammas per lumina volvens;
 —Omnia cum cæco subvertunt turbine venti
 Forsan hebes ventos culpabit strage nefandâ,
 210 Non tamen insimulet Superum voluisse solutos.

XLIII

DESDE el día en que nací—
 añade airado y convulso—
 obedezco á extraño impulso,
 y no soy dueño de mí.
 Lucha, pues armas te dí
 para ganar la partida,
 que si en la lid fratricida
 no opones el hierro al hierro,
 juro á Dios que como á un perro
 voy á arrancarte la vida.»—

ME, fateor noscens, ipsâque ab origine vitæ
 Impetus externus rapit et dominatur inepto.
 Vincere me tenta; nunc cessis congregere armis;
 Fratrem si contra nonvis concurrere ferro
 215 Te, ut catulum, testor Superos, hoc ense necabo.»—

XLIV

HAZLO!—contesta su hermano.—

A tus instintos me entrego,
 pues no detendrá mi ruego
 los ímpetus de tu mano.
 Mi muerte será ¡oh tirano!
 tu expiación más tremenda;
 y rompo la espada, en prenda
 de que no quiero cobarde,
 ni piedad que me resguarde,
 ni acero que me defienda.»—

PERFICE, respondit, placitis me trado severis,

Dextram namque tuam nunquam retinebo precando.

Horrendum valdè nex ista pianda, tyrannel

Quinetiam gladium rumpet mea certa voluntas

220 Vitam non ferro nec fraternâ pietate tuendi.

XLV

DICE, y quebrando después
 la bruñida y sutil hoja
 en dos pedazos, la arroja
 de su verdugo á los pies.
 Avanza tranquilo, y es
 su porte grave y austero.
 —«Guarde cada cual su fuero—
 exclama—y ya que es tu sino,
 mata como un asesino,
 mas no como un caballero.»—

DIXIT et extemplamnam ceu pignora rumpens

Jactat pro pedibus tortoris fracmina bina,

Progreditur placido incessu et sic ore resolvit:

—«Quisque suum servet jus; tu, hæc si fata manebunt,

225 Me perime occissor potius quam nobilis ultor.»—

XLVI

DON Juan vacila un instante;
 con su conciencia batalla;
 pero al fin la envidia estalla
 más soberbia y más pujante.
 —«¡Imbécil! recojo el guante,»—
 grita con áspero tono;
 y arrastrado por su encono,
 contra el desdichado cierra,
 que cae exánime en tierra
 exclamando:—«¡Te perdono!»—

JOANNES nutat, menti paulum ipse repugnat,
 Sed tandem invidia erumpit de pectore crescens.
 —«Imbecille! lues nunc irritabile verbum»—
 Dixit, et aggreditur subito fratrem ictibus ensis.
 230 Exanimus cecidit clamans: Te crimine solvol

XLVII

CÓMO expresar el horror
de aquella escena de muerte?
La víctima yace inerte
á los pies del matador.
Con su pálido fulgor
la luna alumbra al caído;
el lebel, enardecido,
la hirviente sangre olfatea,
y se revuelve, y rastrea,
y rompe en lúgubre aullido.

HORRIDA quis verbis dicet spectacula mortis?

Sternitur ante pedes Joannis victima inermis,

Lunaque perfundit pallente nitore cadaver,

Olfactat catulus fumantem nare cruorem,

235 Ardet vestigans ululatum et fundit acerbum.

XLVIII

DON JUAN se detiene adusto;
 el asombro en él se pinta,
 y la espada en sangre tinta
 cae de su puño robusto.
 Los ojos vuelve con susto,
 horror se inspira á sí mismo,
 y cercano al paroxismo
 se retuerce y desespera,
 como si rodando fuera
 hacia el fondo de un abismo.

SISTIT Joannis: faciem stupor occupat ingens;
 Labitur è pugno ferrum jam sanguine tinctum.
 Sese horrere videt circum dum lumina vertit,
 Deliriis pronus desperat, seque retorquet
 240 Inque imum veluti se præcipitaret abyssum.

XLIX

TIERRA, mar y firmamento
 cuanto huella y cuanto mira,
 todo en torno suyo gira
 con rápido movimiento.
 Lléñase su pensamiento
 de mortal incertidumbre,
 y la inmensa muchedumbre
 de visiones que le asalta,
 ondula, bulle, resalta
 entre círculos de lumbre.

QUÆQUE premit terrâ, et quæ conspiciatæthere in alto

Nunc rapidos finxit circum se ducere gyros.

Cor dubia invadunt mentemque et letifer horror;

Hunc simulacra tenent, hunc somnia plurima ludunt

245 Ferrent et saliunt medios per luminis orbes.

L

SU razón se turba, un velo
de sangre anubla sus ojos,
y cubren vapores rojos
el mar, la tierra y el cielo.
Con acongojado anhelo
lanza un grito de agonía,
y huye como res bravía
cuando de pronto á su oído
llega el ardiente latido
de la furiosa jauría.

ILLIUS hæc mentem velant oculosque cruore,
Omnia per terras cœlumque vapore rubescunt:
Angoris vocem tollit de pectore anhelo
Præcipitatque fugam: vel aper cui venit in aures
250 Proxima turba canum insultans et anhelitus ardens.

LI

CORRE, corre, y corre en vano,
porque cuanto más avanza
más cerca á mirar alcanza
el cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
y ve con ansia cruel
los ojos del nuevo Abel
de eterna sombra cubiertos,
siempre fijos, siempre abiertos,
siempre clavados en él.

INSANUS currit frustra nec cessat eundo, at
Quo magis excedit proprius videt esse cadaver.
Planitiem lustrans nequidquam limina quærit;
Lumina sed cincta æternâ caligine Abelis

255 Ad se fixa super semper semperque tuetur.

LII

NUNCA el torpe matador
de su víctima se aleja,
y el miedo ver no le deja
que va de ella en derredor.
Al fin recoge el traidor
de sus maldades el fruto:
que á veces Dios, en tributo
á su justicia ofendida,
todo el dolor de una vida
reconcentra en un minuto.

STULTUS mactator nescit jam victimâ abire
Quem prohibet terror circum servare vagantem.
Contingunt illi insidiarum denique fructus:
Haud semel Omnipotens virtutis propter honorem
260 Ærumnas vitæ condensat tempore in arcto.

LIII

Su ronda desesperada
sigue con bronco resuello,
puesto de punta el cabello
y atónita la mirada.
En su fuga acelerada
apenas el suelo toca,
y cuanto más en su loca
carrera el triste se ofusca,
más le estrecha, más le busca,
más el muerto le provoca.

CONTINUAT gyros raucè vertigine anhelans,
Attonitos oculos habet, erectosque capillos.
Sic properè fugit ut vix summam attingat arenam, et
Quo magis accelerat demens et sensus hebescit,
265 Tunc magis urgere et magis adventare cadaver.

LIV

PRECIPÍTASE sin tino,
 y aumentando sus terrores,
 los espectros vengadores
 le acosan en el camino.
 Gira como un remolino
 sin detenerse jamás,
 y va ciego, y cuanto más
 huye, ve más espantado
 el cadáver siempre al lado
 y el lebrél siempre detrás.

PRÆCIPITEM terrent, amentis lumina turbant
 Obvia fraterno minitancia crimine spectra.
 Truditur infelix violento a vortice semper!
 Quo magis ille fugit tanto ille cadaver adesse
 270 Territus observat juxta catulumque sequentem.

LV

NADA su pavor mitiga,
 y su marcha abrumadora
 se prolonga hora tras hora
 sin ceder á la fatiga.
 Su propio crimen le hostiga
 con creciente frenesí,
 hasta que fuera de sí,
 crispado, lívido, yerto,
 se desploma junto al muerto
 gritando:—«¡Infeliz de mí!»

NIL pavidum lenit; sed iter renovatur in horas,
 Tempore nec cessat; langor nec frangit euntem,
 Sed magis atque magis vesania criminis urget,
 Donec et ora rigens jam livida mentis et impos
 275 Heu clamat, miserum! procumbens ante cadaver.

LVI

CUANDO su manto repliega
la triste noche sombría,
tres muertos alumbra el día
en la solitaria vega:
don Luís, que en sangre se anega
y yace en tranquilo sueño,
don Juan, cuyo torvo ceño
muestra su angustia final,
y el lebrél, noble y leal,
tendido á los pies del dueño.

Nox ubi terribilis tristem contraxit amictum

Luce dies oriens arvis tria funera spargit:

Fusus humi Aloisius dormit spumante cruore,

Horridus et Joannes mortis truculenta revelat,

280 Fideli catulo se subjiciente magistro.

LVII

C ONCIENCIA, nunca dormida,
mudo y pertinaz testigo
que no dejas sin castigo
ningún crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida;
mas ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
que á solas con el pecado,
fueses tú para el culpado
delator, juez y verdugo.

O Testis semper vigilans mens conscia rectil

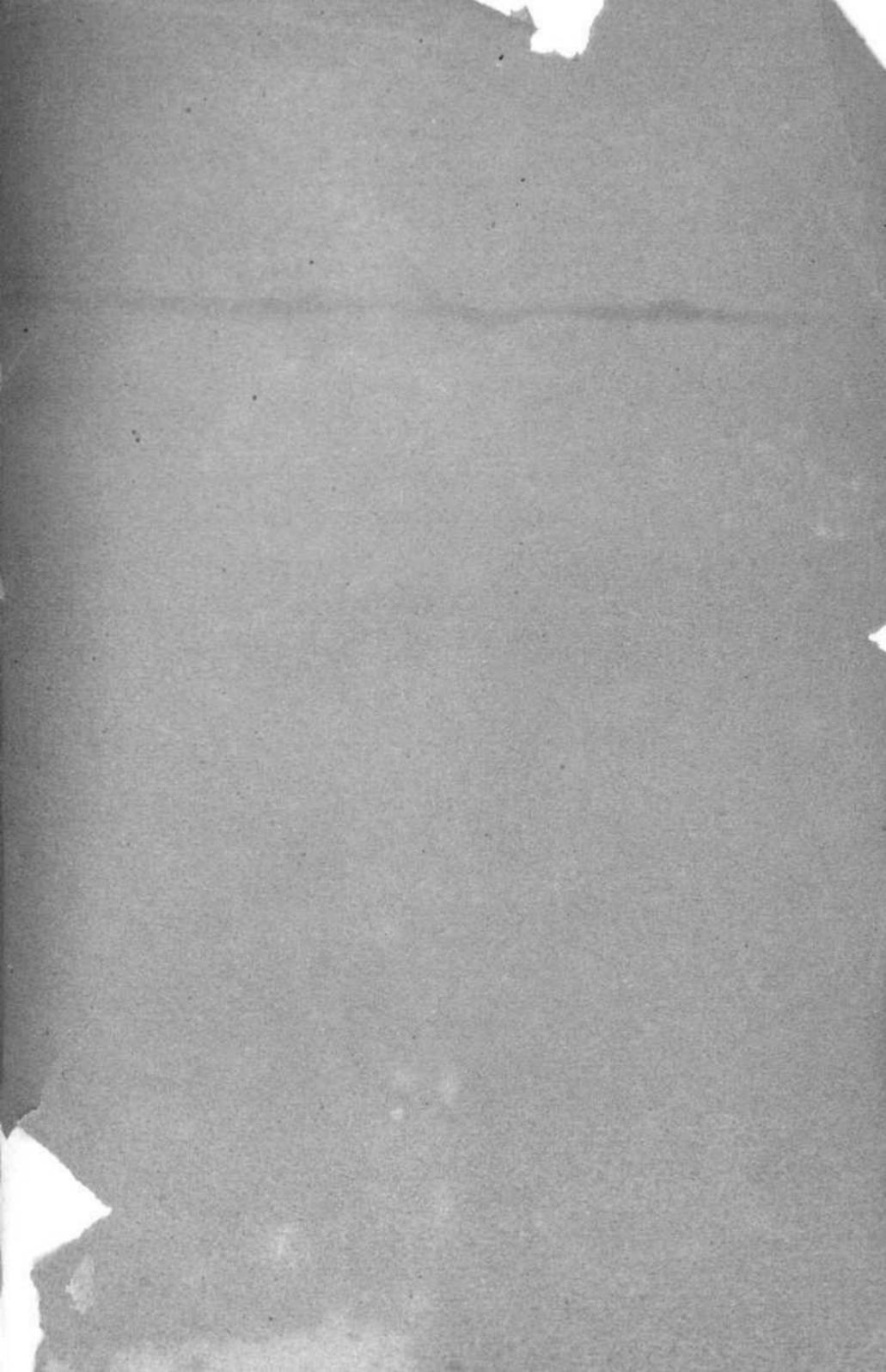
Viventi nunquam tu crimen linquis inultum.

Lex tacet: hocce jugum poterit quis demere mente?

Sic placitum Superis: sontes delicta seorsum

285 Judice sub sacro, hac teste, hoc tortore subibunt.





506
TMDOS/12416

Esta obra se vende en las principales librerías;
los pedidos deben dirigirse á la de *Fernando Fé.*—
Carrera de San Jerónimo, núm. 2.—MADRID

Precio: 1,50 pesetas.

